

823
2.

PR-4559
.A67
N. 23
v. 4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DOMBEY É HIJO

CAPÍTULO XLVII

EL RAYO

La barrera que entre mister Dombey y su mujer había, no se desmoronaba por el tiempo. Pareja inadecuada, mal avenida, no tenía otro vínculo de unión que las ataduras legales con que se sujetaban sus manos y que no se rompían á pesar de los desesperados esfuerzos de uno y otro.

El tiempo, consolador de la aflicción y apaciguador de la ira, no conseguía nada en ellos. Su orgullo, aunque distinto en cuanto á su naturaleza y objeto, era idéntico en intensidad; de su tenaz oposición saltaban chispas lo mismo que por choque de peder-nal y hierro; era una constante amenaza de incendio, pronto á devorarlo todo y á convertir su matrimonio en montón de cenizas.

Seamos justos para él : en el monstruoso error de su vida, error que aumentaba conforme iban cayendo granos de un hemisferio á otro en el reloj de arena, la perseguía, á ella, sin darse cuenta de por qué ni considerar la manera; pero sus sentimientos para con su mujer eran iguales á los que tuvo desde el primer momento. Para él tenía su mujer el defecto grandí-

simo de no acatar su voluntad, de impugnar siempre sus deseos, de rebelarse contra la sumisión que le debía; de aquí la inexcusable necesidad de corregirla y dominarla. Pero fuera de esto su mujer continuaba siendo para él, y hasta donde su altivez le permitía apreciarlo, una gran señora capaz de honrarle, si quería, dando á su nombre el mayor esplendor y rodeándole de prestigio.

Ella, en cambio, con todo el poder del apasionamiento y del rencor, dirigía su mirada dura al rostro de quien la imponía humillaciones, que era su marido. Desde la noche en que se quedó contemplando en su gabinete las sombras que trepaban por la pared y se difundían misteriosas día por día, hora por hora, desde entonces no tuvo más que aquella mirada para clavarla en su marido.

¿Acaso el defecto capital de mister Dombey, el que le hacía inexorable era positivamente contrario á lo que la naturaleza determina? No estaría de más, algunas veces, inquirir qué cosa es la Naturaleza y de qué manera trabajan por cambiarla los hombres; si no acontece que en fuerza de distorsiones repetidas no llega á convertirse en natural lo que la Naturaleza tiene por contrario. Encerrad á un hijo ó una hija de nuestra poderosa madre Naturaleza en un angosto espacio, amarrarle á una idea, que se postren en adoración servil ante esta idea todos los tímidos, todos los hipócritas. ¿Qué será la Naturaleza para semejante cautivo, cuya mente jamás se ha visto libre y que no ha comprendido nunca la verdad?

¡Cuántas cosas estamos viendo á cada paso en este mundo que nos parecen contrarias á la naturaleza y, sin embargo, son sumamente naturales! Oid al magistrado ó al juez cómo amonestan á los repudiados

de la sociedad; ved cómo les censuran sus desnaturalizados hábitos, su desnaturalizada falta de decencia, su desnaturalizado concepto del bien y del mal, su desnaturalizada comprensión del vicio, de la ociosidad, de la rebeldía, de todas las cosas, en fin. Pero seguid al buen sacerdote, al médico caritativo, que con peligro de sus vidas entran en los tugurios á donde apenas llega el eco de nuestros carruajes que diariamente van y vienen rodando por empedradas calles. Contemplad ese mundo de miseria — hay millones de criaturas inmortales que no conocen otro — y cuya vista, nada más, basta para que se subleven los sentimientos de humanidad, haciendo que las personas delicadas se tapen los ojos diciendo: «no, no; no quiero creerlo». Respirad ese aire corrompido que emponzoña la vida y que todos nuestros sentidos,preciados dones de que nuestra raza disfruta, no recojan en tales antros sino enfermedades, repugnancias, muerte. En vano buscaréis allí ni una sencilla planta, ni una flor, ni una hierba sana que logren desplegar sus hojas ante el sol que Dios creó para ellas. Y después fijaos en el niño enfermizo, de entecas formas y de malvada cara; clamad entonces contra estas perversidades desnaturalizadas, lamentaos de que se hallen, desde su nacimiento, tan lejos del cielo — pero, ¡pensad también un poco en que todo esto ha sido concebido, nacido y criado en el Infierno!

Aquellos que estudian ciencias físicas y hacen profesión de aplicarlas á la salud del hombre dicen que si las partículas nocivas que se agitan en el aire viciado pudieran apreciarse por la vista, nos enteraríamos de cómo se condensan, á manera de espesas nubes negras encima de semejantes guaridas, ro-

dando luego, vehículo de miasmas, hacia las partes sanas de la ciudad. Si pudiéramos percibir de igual manera la pestilencia moral que en esas nubes se contiene, su eterno ultraje á los derechos naturales ¡ qué revelación horrible sería! Entonces veríamos la depravación, la impiedad, la embriaguez, el robo, el asesinato y el largo séquito de atentados sin nombre, cerniéndose sobre el género humano y sembrando el contagio. Veríamos entonces cómo esas envenenadas fuentes que fluyen en nuestros hospitales y lazaretos son las mismas que inundan las cárceles y que llenan de presidiarios los barcos que, cruzando los mares, llevan su cargamento á remotos países. Aprenderíamos, con sentimiento de pavor, que en aquellos lugares donde la miseria se acrecienta, se reúnen : la infancia que no conoce la inocencia, la juventud que no tiene idea del pudor, la madurez que sólo se halla pronta para el crimen y la vejez calamitosa que es un bochorno para el género humano. ¡ Oh desnaturalizada humanidad! Cuando cojamos higos de los cardos y racimos de uvas en los zarzales; cuando las amarillas mieses fructifiquen en lodazales de las calles y broten los capullos de rosa en las iglesias sobre las piedras funerarias, entonces será cuando veamos germinar de tal semilla una humanidad conforme á leyes naturales.

¡ Oh! ¡ Cuándo habrá un buen espíritu que con mano potente, más benigna que la del diablo de la leyenda, levante los tejados y techos, y muestre al pueblo de la cristiandad el séquito de negras figuras que surgiendo de tales viviendas marchan en seguimiento del Angel exterminador como ejército horrible! ¡ Si por una noche, nada más, pudiéramos ver esos fantasmas lanzándose á través del aire empon-

zoiado por el Vicio y la Fiebre que riñen disputando su presa! ¡ Qué brillante nos parecería la mañana después de semejante noche! Los hombres, no detenidos ya por los obstáculos que ellos mismos han acumulado en su camino y que no constituyen sino átomos en relación con la eternidad, se acordarían de que todas las criaturas tienen un origen común, no tendrían duda ninguna de que el Padre lo es de una familia, ¡ la familia humana, cuya misión final no es otra que hacer mejor el mundo!

Ninguna aurora sería más luminosa y más bendita que la de un día semejante. Entonces aquellos que no han mirado nunca á sus hermanos, comprenderían cuáles son los vínculos que con éstos los unen, advertirían que ellos mismos contribuyen á la corrupción de la naturaleza quebrantando sus leyes con la tenacidad de sus juicios preconcebidos; corrupción mayor aún, si á su trascendencia atendemos, que cualquiera otra conocida.

Pero ninguna aurora de éstas había amanecido para mister Dombey ni para su mujer : ambos proseguían el camino emprendido.

Durante seis meses después del accidente no se modificaron en nada las relaciones entre mister Dombey y su mujer. Ni un bloque de mármol hubiera sido más inquebrantable que Edith. Y en cuanto á mister Dombey, seguía más taciturno y frío que una fuente helada en la profundidad de una gruta sin un rayo de luz.

La esperanza que en el corazón de Florencia había brillado cuando se imaginó que con el casamiento de su padre comenzaría para ella una existencia nueva, ya estaba desvanecida por completo; una experiencia de dos años no la dejaba duda alguna. Tal vez se

imaginaba en algunos momentos que su padre y Edith podrían llegar á ser felices juntos; pero en cuanto á ella, ya no admitía la más pequeña posibilidad de obtener el cariño de su sombrío padre. El breve intervalo durante el cual había mantenido la creencia de que la sería posible conseguir el anhelado afecto, estaba perdido en la lontananza del pasado y únicamente venía á su memoria como una desilusión amarga.

Y, sin embargo, no había perdido Florencia el cariño á su padre; únicamente sucedía que de manera lenta, por grados, había llegado á quererle como á un ser que no hubiera existido, ó como á la memoria de Pablo ó de su madre, pareciéndola que pensar en su padre era nada más que una recordación suave. Que lo considerase muerto para ella, que su razón lo confundiese con los objetos de su cariño ya pasados, que lo uniese con el recuerdo de la ternura por él menospreciada, no podría dilucidarse por completo; lo cierto era que pensaba en su padre lo mismo que en su hermano, como si se tratara de algo fuera de la vida efectiva, como en imagen evocada por fuerza de conjuro, la imagen de Pablo hecho un hombre, convertido en protector y sostén de su hermana.

Este cambio, si así puede llamarse, se había verificado en Florencia al mismo tiempo que su transformación de niña en joven; cerca de diez y siete años tenía cuando discurría de este modo.

Hallábase sola, de ordinario, porque su antigua comunicación con Edith se había modificado en gran manera. Cuando aconteció el accidente á mister Dombey, y éste se hallaba en su habitación del piso bajo, observó Florencia que Edith procuraba no encontrarse con ella. Lastimada, ofendida, no sabiendo de

qué manera conciliar aquella actitud de Edith con el cariño de que la había dado pruebas, subió una noche al gabinete de Edith para hablar con ésta y explicarse.

— Mamá — dijo Florencia sentándose suavemente junto á Edith, — ¿está usted incomodada conmigo?

— No, hija mía — contestó Edith.

— Pues algo tiene usted contra mí — añadió Florencia. — Dígame usted qué es, mamá querida, porque está usted cambiada y me da mucha pena ese cambio para conmigo.

— Yo también tengo pena. — dijo Edith. — Creeme, Florencia, te quiero ahora más que nunca.

— Entonces, ¿por qué se esquivo usted al verme? — preguntó Florencia. — ¿Por qué me mira usted algunas veces de una manera tan extraña? Porque, efectivamente, me mira usted así; ¿no es verdad?

Edith asintió con sus negros ojos.

— ¿Por qué? — repitió Florencia implorando. — Dígamele usted para que sepa yo qué tengo que hacer, y dígame también que no me tratará con despego nunca.

— Florencia mía — contestó Edith cogiendo la mano de Florencia y mirando con el mayor cariño á la joven que se había puesto de rodillas ante ella, — Florencia mía, yo no puedo decirte por qué. Yo no puedo decirtelo, y tú tampoco podrias escucharlo. Baste saber que tiene que ser así, por fuerza. ¿Cómo lo haría yo si no fuera enteramente necesario?

— ¿Tenemos que ser extrañas una á otra? — dijo Florencia mirando á Edith con miedo.

— Si — contestó, sin apenas mover los labios, Edith.

Florencia la miró nuevamente con mayor expre-

sión de temor y sorpresa, hasta que se le saltaron las lágrimas derramándose por las mejillas.

— Florencia, vida mía — dijo Edith apresuradamente, — escúchame. Yo no puedo soportar esa pena tuya. Cálmate. Ya ves cómo estoy yo serena. ¿Crees que no me contraría esto lo mismo que á ti?

Diciendo estas palabras parecía Edith enteramente tranquila en su voz y maneras, y añadió :

— No somos extrañas en el fondo. Lo somos nada más que aparentemente, Florencia; en mi corazón no hay cambio ninguno, siempre ha de ser el mismo. Pero lo que hago no es por mí.

— ¿Por mí, entonces, mamá? — preguntó Florencia.

— Basta con lo dicho, Florencia — repuso Edith después de una pequeña pausa. — Para nada te serviría saber más. Es mejor, es necesario, es indispensable que no nos veamos con frecuencia. Las confidencias que teníamos deben interrumpirse.

— ¿Cuándo, mamá, cuándo? — exclamó Florencia.

— Ahora — contestó Edith.

— ¿Para siempre? — dijo Florencia temerosa.

— No digo tanto — repuso Edith. — No lo sé. Yo no digo tampoco que nuestra intimidad haya dejado de ser elevadísima, llena de bondad, cuyos beneficios reconozco. Pero la vía por donde hasta hoy he ido es ajena á tus pasos, y aquella por donde me propongo ir en adelante, esa sólo Dios la conoce, yo no.

Dicho esto con apagada voz quedó Edith pensativa mirando á Florencia de una manera entre confundida y extraña que ya había revelado en otro momento. A esta actitud de Edith sucedió una expresión de ira y orgullo que la hizo estremecerse como cuerda de

arpa que vibra en un violento acorde. Pero á esta expresión no sucedió, como otras veces, ninguna manifestación de humildad ó ternura. No inclinó esta vez la cabeza, emocionada, para confesar que no tenía esperanza más que en Florencia; al contrario, la irguió á la manera de una arrogante Medusa, mirando á Florencia con fijeza, como si quisiera matarla, clavándola los ojos. Y la hubiera matado, á tener este poder de hechizo.

— Mamá — dijo ansiosamente Florencia, — algo tiene usted que no quiere decirme y que me alarma. Déjeme acompañarla un poquito.

— No, no, hija mía — repuso Edith. — Es mejor que me quede sola; es mejor que no me acompañes tú, ni nadie. No me preguntes nada. Pero puedes estar segura de que si te parezco inconstante en mi afecto para contigo no es por mi voluntad. Está segura de que si tenemos que parecer extrañas una á otra, yo sigo invariable en mi cariño para ti. Perdóname por haber entenebrecido tu hogar, aún más de lo que estaba, y no hablemos más de esto.

— ¿Nos vamos á separar, mamá? — preguntó Florencia sollozando.

— Para no tener que separarnos hago lo que hago, Florencia. No me preguntes más. Adiós, Florencia. Mi cariño y mi remordimiento te acompañan.

Abrazó á Edith y la despidió amorosamente. Cuando la vió marcharse quedóse Edith mirándola lo mismo que si su ángel de la guarda se le fuese, dejándola en manos del orgullo y de las pasiones que clamaban por ella y que iban á posesionarse de su presa marcándola en la frente.

Desde aquella hora Florencia y Edith cambiaron por completo. Días enteros se pasaban sin encontrarse,

excepto en la mesa y á la vista de mister Dombey. Entonces Edith, imperiosa, inflexible, no la miraba nunca. Cuando mister Carker formaba parte de la reunión, en el comedor ó en cualquier otro lugar de la casa, pues durante la convalecencia de mister Dombey acrecentó Carker su carácter de comensal asiduo, Edith se separaba todavía más de Florencia. Cuando no había nadie de fuera, tampoco se acercaba Edith á Florencia; pero la saludaba besándola, como otras veces, con ternura. A menudo, cuando volvía Edith á casa tarde por la noche, llegaba sigilosamente al gabinete de Florencia y á oscuras se acercaba á ella diciéndola en voz bajita: « ¡ buenas noches! » Algunas veces, inconsciente de estas visitas, se despertaba sobresaltada Florencia, figurándosele que había oído palabras cariñosas y que unos labios misteriosos la habían besado; pero con frecuencia menor á medida que iba pasando tiempo.

De nuevo comenzaba á hacerse el vacío en el corazón de Florencia; la soledad la rodeaba. Como la imagen de aquel padre que poco á poco había llegado á ser para Florencia una mera abstracción de su mente, así Edith sometiéndose al hado de cuantos seres fueron amados por Florencia, iba desvaneciéndose, desapareciendo en la oscuridad de la distancia. Un precipicio se había abierto entre ambas y el abismo iba siendo de día en día más profundo; no lo veía Florencia, pero Edith lo contemplaba con bravura.

No había más que una consideración capaz de influir en el ánimo de Florencia, sirviéndola, en cierto modo, de consuelo. Y era que podía querer á los dos, á su padre y á Edith, sin que esta división del cariño supusiera injusticia. Puesto que ambos seres no eran otra cosa que sombras en el fondo de su imaginación,

bien podía darles cabida en su pecho sin temor de agraviarles.

Y así lo hizo. Sin embargo, algunas veces, y hasta con frecuencia, se le ocurrían muy extrañas ideas acerca de las causas de aquel cambio de Edith. Pero en la calma y abandono, en el silencio de su soledad, pronto se apaciguaban sus exaltados pensamientos; bastábale acordarse, para ello, de que su estrella estaba enteramente eclipsada por los nubarrones que envolvían su hogar entero. Entonces, resignándose á la fatalidad, lloraba.

Viviendo de este modo, en un ensueño, rebosando de su joven corazón el cariño para fijarse en aéreas formas, venía á encontrarse en un mundo del que apenas había conocido otra cosa que el oleaje de la mar tempestuosa.

Florencia cumplió diez y siete años. Tímida y retraída, como su vida solitaria la había formado, conservaba un carácter suave y un ánimo muy franco; era sencillísima niña, al mismo tiempo que muy modesta joven, y los encantos de una y otra se reunían en Florencia con gracia inexpresable. Parecía como si la primavera se resistiera á dejar un sitio al verano y ambos lucharan á quién hermostraría más las flores. Pero en su penetrante voz, en sus serenos ojos, en la etérea luz que parecía circundar su cabeza, en su aire pensativo, había una expresión que recordaba mucho á Pablo. Tal era, al menos, el parecer de la servidumbre, en sus conciliábulos de la cocina, cuando llegaba el momento de comer y charlar como en reunión de buenos camaradas.

Aquella corporación de observadores tenía mucho qué decir de mister Dombey, de mistress Dombey, de mister Carker que parecía mediador en la matrimo-

nial discordia, yendo y viniendo para coordinar las voluntades sin poder conseguirlo. Lamentábanse todos de aquella mala situación que atravesaban, y por unanimidad convenían en que mistress Pipchin (cuya impopularidad ya no podía ser mayor) tenía mucha parte de culpa. A decir verdad, esto de poder estar acordes en algo les agradaba sobremanera, y así mistress Pipchin venía á ser el tema socorrido en que se divertían mucho.

En general, las personas que venían de visita á la casa, aquellas á quienes mister Dombey y su mujer visitaban, encontraban que era esta una pareja muy igual en altanería, y no se detenían á ver más. La joven-anciana del descote no se dejó ver por casa de mister Dombey hasta pasado mucho tiempo después de fallecer mistress Skewton. En la intimidad explicó á sus amigos, con el chillidito usual en ella, que no podía pensar en esta familia sin ser presa de ideas sepulcrales y de otras sugerencias tan horrosas como ésta. Pero cuando al fin se decidió á reanudar sus visitas á la familia Dombey, no advirtió nada extraordinario excepto que mister Dombey ostentaba en la cadena del reloj cierto dije — un cuernecillo de oro — gastada superstición que le chocó muchísimo. Aquella fascinadora vieja era opuesta á las hijas políticas por principio; fuera de ésto nada tenía que objetar contra Florencia; es decir, sí; daba á entender que Florencia carecía de « estilo », lo que acaso quería significar que no se descotaba hasta media espalda. Algunas personas que sólo visitaban á la familia Dombey con ocasión de recepciones, por esto casi no conocían á Florencia, solían observar al marcharse : « De manera que la señorita que estaba en el rincón de la sala era miss Dombey... Pues es muy

guapa; solamente parece que está bastante delicada y como pensativa... » ¿ Cómo no habría de estarlo, con aquella vida que llevaba desde hacía seis meses?

La vispera del día en que se cumplían dos años del casamiento de su padre con Edith, sentóse Florencia á la mesa con un malestar muy parecido al miedo. Ocasionábala este malestar la expresión del rostro de su padre, y también la presencia de mister Carker, desagradable siempre para ella, y más aún, sin saber por qué, aquella noche. Edith estaba muy vestida, porque tenía que ir con mister Dombey á una gran recepción, después de comer, y era ya tarde. Cuando se presentó Edith en el comedor estaban todos esperando. Carker salió á su encuentro para acompañarla hasta su sitio. Hermosa y espléndidamente puesta estaba, pero algo había en ella que parecía separarla, sin esperanza, de Florencia y de todos. Y, sin embargo, hubo un instante en que Florencia sorprendió una mirada de Edith que parecía acariciarla y que fué mayor causa de pena para ella.

Poco se habló en la mesa. Florencia oyó algunas palabras de su padre, sobre materia de negocios, dirigidas á mister Carker, á las cuales éste contestaba en voz baja; pero aquello nada interesaba á Florencia, deseosa de que concluyera pronto la comida. Servidos los postres, y cuando los criados se retiraron, mister Dombey volvió á toser (había tosido varias veces de una manera que no auguraba nada bueno), y dijo :

— Mistress Dombey, mañana recibimos gente á comer. He dado las oportunas órdenes al ama de gobierno y supongo que usted lo sabe.

— Yo no como en casa mañana — repuso Edith.

— No seremos muchos — prosiguió mister Dom-

bey como si nada hubiera dicho Edith, — unos diez ó doce solamente, mi hermana, el comandante Baskin y unos cuantos que sólo conoce usted de vista.

— Yo no como en casa mañana — volvió á decir tranquilamente Edith.

— Aunque en realidad yo no tengo motivos — prosiguió mister Dombey con toda majestad y sin prestar atención á su mujer — para complacerme en el recuerdo de esta fecha, es necesario salvar las apariencias este año, ya que el pasado hubo la legítima excusa de la enfermedad de mistress Skewton. Y si es que usted, señora, no tiene el respeto de sí misma...

— No, no lo tengo — interrumpió Edith.

— ¡Señora! — gritó mister Dombey dando un puñetazo en la mesa. — ¡Haga usted el favor de escuchar! Digo que si no tiene usted el respeto á sí misma...

— Y yo digo que no, que no lo tengo — repitió Edith.

La miró mister Dombey, pero no se alteró el rostro de Edith por aquella mirada; ni la muerte misma hubiera sido capaz de alterarlo.

— Carker — dijo mister Dombey dirigiéndole tranquilamente la palabra, — usted que ha sido mi medio de comunicación con mistress Dombey en diferentes circunstancias y que sabe apreciar la importancia de las conveniencias sociales en lo que me concierne, usted podrá hacerme el favor de manifestar á mistress Dombey que si ella carece del respeto á sí misma, yo sí tengo el respeto de mí mismo, y que, por consecuencia, insisto en mis disposiciones para mañana.

— Diga usted á su amo y señor — contestó Edith

dirigiendo también la palabra á Carker — que ya trataremos de esto luego y que hablaré con él á solas.

— Señora — repuso su marido, — mister Carker sabe perfectamente cuáles son las razones que me obligan á rehusar á usted esa merced y por tanto se puede excusar del mensaje.

Mientras mister Dombey hablaba siguió con la vista la mirada de su mujer viendo á qué punto de la mesa se encaminaba.

— Su hija de usted está presente, caballero — dijo Edith.

— Mi hija continuará presente — repuso mister Dombey.

Florencia, que se había puesto en pie, volvió á sentarse y, tapándose la cara con las manos, se estremeció llorando.

— Mi hija, señora...

Pero Edith, interrumpiendo á su marido, alzó la voz y habló con tanta claridad y energía, que se hubiera hecho oír aun en medio de un torbellino.

— He dicho á usted que hablaremos á solas. Si no se ha vuelto usted loco, reflexione.

— Señora, tengo autoridad para hablar á usted cuando y donde me plazca — contestó mister Dombey, — y me place hablar á usted en este momento.

Edith se levantó como para marcharse, pero cambió de parecer; volvió á sentarse y, mirando á su marido, dijo con la mayor tranquilidad:

— Hable usted.

— En primer término — dijo mister Dombey, — debo manifestar á usted, señora, que hay en sus ma-